

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## PANORAMA FRANCES

# LA DEMOCRACIA LIBERAL

EN la campaña electoral francesa, surgen continuamente nuevas perspectivas debidas a lo apretado del trance y al aparente equilibrio numérico de votantes potenciales entre el bloque de izquierdas y el gubernamental, si se orienta uno por las estadísticas del muestreo de opinión. La izquierda definió ya sus opciones doctrinales y aclaró hasta dónde llega el pacto de legislatura que une a comunistas y socialistas en un propósito de alcance limitado y objetivos comunes. «No venimos —declaró Mitterrand— a modificar el equilibrio de los poderes de la V República, ni mucho menos a modificar la Constitución. Si el pueblo ha elegido por sufragio universal a Georges Pompidou para que sea presidente durante siete años, nosotros acatamos esa voluntad nacional. Pero si en marzo próximo, las urnas nos dieran la mayoría de la Cámara, ¿por qué no habría de dárseles la oportunidad de que formásemos un Gabinete homogéneo? ¿O es que Francia no puede tener un presidente U.D.R. y al mismo tiempo un gobierno izquierdista?»

Tales son algunas de las grandes cuestiones suscitadas por la contienda. La mayoría gubernamental se ha aprestado a la batalla cerrando sus filas en un alarde de unidad partidista. El poder había, en efecto erosionado de modo considerable la consistencia del «gaullismo» póstumo. En la ciudad de Provins, feudo del secretario del Partido, ha tenido lugar la gran concentración unificadora. Messmer hizo la exposición larga, doctrinal, del programa electoral de la U.D.R. Pero antes, los ex presidentes de Gobierno, Couve, Chaban y Debré, así como Giscard, se sumaron públicamente a la puesta en marcha de la gran campaña, destinada a captar el voto popular. Es interesante leer el discurso de Messmer con su fuerte contenido económico, social, educativo y «desarrollista» hasta el punto de que algunos los consideraban remedo moderado del programa de las izquierdas por versar prácticamente sobre los mismos temas. Pero ello no quiere decir sino que, esas cuestiones: salarios, seguros, infraestructura, vivienda, escolaridad, transporte, sanidad, están hoy presentes en la mente del hombre de la sociedad tecnológica con su prioritaria urgencia y su

requerimiento apremiante que incide en la vida cotidiana de todos los países en determinado grado de evolución.

Quizá es interesante subrayar el matiz que Messmer, jefe del Gobierno, quiso dar a la entera acción propagandística de la mayoría: «Defendemos —dijo— no la V República, que no lo necesita, sino la democracia liberal como forma de convivencia política. La izquierda social-comunista no tiene la misma idea, ni los mismos principios que nosotros tenemos, respecto a la democracia liberal. Tiene otros puntos de vista contrapuestos sobre las libertades democráticas y su ejercicio». Bien. Nada de esto es nuevo, se me dirá. Nada de ello es, en efecto, novedoso, en el ancho contexto del mundo libre, donde desde hace casi treinta años —desde la derrota del nacional-socialismo hitleriano— el «leit motiv» de los Gobiernos y sistemas de Occidente hicieron de la democracia liberal su punto de apoyo para el orden institucional del negocio público. Ahora lo ha recordado el jefe del Gobierno francés al tocar a rebato las campanas de su mesnada frente al adversario marxista. Pero lo interesante es comprobar cómo en el marco de la lucha política del vecino país, el posgaullismo o «messmerismo» representa esencialmente una gran agrupación de la derecha nacional de Francia, en la que se alían los sectores del patriotismo activo, los intereses del neo-capitalismo empresarial, la sólida e influyente burguesía, un buen sector del catolicismo, gran número de «cuadros» jóvenes y un no despreciable núcleo de trabajadores independientes.

El signo predominante de esa poderosa amalgama es anti-revolucionario y legalista, con un importante ingrediente de nacionalismo inflamable y «engagé». Pero a ninguno de sus dirigentes o de sus seguidores se les ha pasado por la cabeza renegar de la democracia, ni de las libertades civiles, ni del derecho a la oposición —ejercido ahora con notable y amenazadora fuerza por el bloque de izquierdas— ni tampoco han erigido

en dogma el aniquilamiento del adversario. La democracia liberal es la bandera institucional de la derecha en Francia enrollada frente al tinte totalitario de la sociedad preconizada por el bloque de los socialismos. El liberalismo democrático se utiliza como aglutinante de quienes hacen del culto a la patria, del respeto a las tradiciones, de la defensa del orden establecido, de la vigencia de las leyes, y del evolucionismo por la vía gradual y pacífica, puntos básicos de su credo político y de su programa electoral.

A nadie se le ocurriría a estas alturas en esa derecha apelar el autoritarismo para hacer frente a la avasalladora corriente de los socialismos electorales. Ni renunciar al sufragio libre como base de la expresión del consenso mayoritario del país. Ni amordazar a los candidatos opositoristas negándoles el acceso a la tribuna, a la televisión o a los medios de difusión social. La U.D.R. defiende la democracia liberal como sistema de convivencia civilizada. Tan fuerte es esa convicción que el propio bloque izquierdista se ve obligado en su programa a aceptar las reglas del juego democrático para satisfacer las exigencias de patente limpia en su intento de acceso al poder. En definitiva, la democracia liberal, como forma política predominante del mundo libre, invoca sus criterios rectores para obligar a los participantes en la legalidad republicana a aceptarlos como cimiento de la vida de la comunidad política.

Tal es una de las varias lecciones que se desprende del panorama electoral francés en la hora presente: el posgaullismo no ha ido a desembocar en un neo-fascismo como suponían algunos y lo proclamaron aquí, sino en un robustecimiento de la ideología que sirvió a de Gaulle para galvanizar a su pueblo en la lucha contra Hitler y en devolver a la República fenecida su prestigio institucional y su autoridad basada en la soberanía popular.

José María DE AREILZA

## TODAVIA FREUD Y LO DEMAS ES LITERATURA

DESDE luego, y para aclarar un poco las cosas, no bastaba con apuntar unas cuantas sospechas elementales acerca de lo escasmamente «científico» que fueron los supuestos empíricos y las teorías subsiguientes de Sigmund Freud. Este es el asunto de fondo, sin duda. Ya le dedicué unas líneas, semanas atrás, en esta misma página. Pero convendría ir al examen de otros datos conexos, concretamente «anecdóticos» —es decir, «históricos», que puedan proyectar más luz sobre el particular. El tema lo merece. Porque, contra lo que llegue a creer algún lector suspicaz, mi alegato no trata de negar importancia a ese extraño, sugestivo, abigarrado fenómeno cultural que es el Psicoanálisis. Ni mucho menos. Freud y sus secueltas han influido de manera notoria en la vida colectiva del área occidental y ex cristiana. Y no por su eficacia en curar neurosis, precisamente. De eso, nada: o casi nada. Pero sí contribuyeron a conmovier, o a demoler, las rutinas pacatas de la herencia victoriana, y hasta dieron pie a una especulación lírica tan útil y admirable como el Surrealismo. A menudo, los comentaristas doctos han tendido a establecer una fácil referencia emblemática, a base de una especie de trinidad revolucionaria, juntando a Marx y a Einstein con Freud. Un siglo más bien corto acumuló tres revisiones doctrinales profundas: en lo económico-social, en lo físico-matemático y en lo psicológico-blablábá. La sociedad europea todavía no ha logrado digerirlas. Y por eso Freud continúa siendo materia propicia a la reflexión.

Ciertamente, quien primero relacionó estos tres nombres no lo hizo a humo de pajas. Con indiscutible malevolencia, deseaba subrayar la circunstancia de que Marx, Freud y Einstein procedían de la estirpe de Abraham en su variante germanófona. El eterno odio al judío tomaba, así, una formulación vistosa. Pero tampoco era superfluo señalar el hecho: permitía contemplar su alcance, ya sin veneno. Entre las «culturas nacionales» de la Europa moderna, la judeo-alemana —la de los hebreos que escri-

ben en alemán— es, quizás, una de las más ilustres, o, en cualquier caso, no es la menos vigorosa. Empezó con Heine. Y para añadir, al azar, otros apellidos de fama, podríamos echar mano de un vasto repertorio: desde la popular banalidad de los Zweig y los Ludwig hasta la última hornada, aún de moda, de Marcuse, Adorno, Fisher, Benjamin, pasando por Kafka, claro está, y por un grupo eminente de Nobeles en ciencias, y por otro grupo igualmente egregio de filósofos, tan dispares como Scheler y Wittgenstein. Sería un grave error incluir a esta gente en el marco de una «cultura alemana», o ni siquiera, con más anchura, «germánica». Hitler se encargó de destruir el equívoco. De paso, Hitler, su guerra y sus hornos crematorios, destruyeron también la posibilidad de subsistir esa apasionante, genial, enfermiza «cultura» de los «ghettos» centroeuropeos. Raras veces se habla de este aspecto del genocidio nazi. Se da preferencia, y con razón, a las altas cifras de la demografía inmolada. Con todo, sacrificar una «cultura» tampoco es ninguna broma. Digo yo. La «Intelligentsia» mosalca en cuestión, a partir del 1933, hubo de sufrir un plus de diáspora: Marcuse ahora escribe en Inglés y dicta —o dictaba— sus lecciones al otro lado del Atlántico; Wittgenstein le precedió, a Inglaterra. Etcétera.

No es fácil ser judío. Nunca pudo serlo. Un pueblo que se imaginaba situado en la Intimidad de Dios, «escogido», tuvo que llevar una vida difícil en esta especie de relaciones: la Biblia lo certifica. Luego, cuando los gentiles le vencieron y le dispersaron, la cosa adquirió un dramatismo feroz. No hará falta recordarlo: desde los progroms medievales a la matanza de la Solución Final hitleriana, la peripetia carece de equivalentes. En sus etapas y en los sitios de mayor tranquilidad y tolerancia, sin embargo, ser judío seguía siendo una amargura irreprimible. La cultura judeo-alemana a que me he referido, con haber gozado —hasta cierto punto— de una notable vivacidad creadora, acu-

sa en sus rasgos esenciales la angustia de sus orígenes étnico-sociales. «Algo» les separaba de los alemanes más o menos arios: de sus colegas no demasiado vinculados a Jehová. La comunidad de idioma no era suficiente para constituirles en cultura única... De la matriz talmúdica surge el Psicoanálisis. Circunciso era Freud, y de familias hebreas venían sus discípulos inmediatos. Era un clan predeterminado por la raza. Tal vez no podía ocurrir de otro modo. Fue una reunión de neuróticos. Nadie llegará a entender nada del Psicoanálisis si olvida que nació de una abrupta efervescencia psicopática. Las noticias filtradas acerca de los primeros años del círculo freudiano son aparatosamente ilustrativas...

En realidad, todos los «complejos» que Freud creyó descubrir tienen, como base, un «complejo» deliberadamente descartado: el complejo de judío. Cuando se hojea una biografía de Sigmund Freud, saltan a la vista, enseguida, una lista de complejos que el «Doktor» sufría: el de Edipo, para comenzar; el de señor bajito, que no es ninguna tontería; el de maestro, siempre temeroso de que sus alumnos le robasen las ideas; el de... Bueno: lo mismo da. El optó por no tenerlos en cuenta: se fijó únicamente en los que parecían derivar de la sexualidad. ¿No era un truco para desviar su atención del primer y más grueso «complejo» que le aquejaba, el racial? La congoja de ser judío le era más próxima que cualquier otra: incluso que la de la talla. Y la compartía con todos, o la mayoría, de sus seguidores... Sea o no como insinúa, es evidente que la pandilla entera andaba muy mal del «alma». Un día, se advirtieron tan aberrantes, que decidieron someterse a un «análisis» mutuo: se veían, los unos a los otros, como unos pozos insondables de malestar psíquico. Un par de ellos acabaron suicidándose: Victor Tausk y Herbert Silberer. Que se suicide un botánico, o un ingeniero, o un tenedor de libros, o un poeta lírico, son cosas que pasan, y no ponen en cuestión su entidad profesional. Pero un psico-

analista... El propio Freud calificó a Adler de «paranoico maligno», y a Jung, exactamente, de «loco». Mal estaba el patio...

Y mala «ciencia» podía salir del cotarro. Pudo salir, si no «buena», al menos una considerable «literatura». El éxito de Freud no pertenece a las clínicas ni a las cátedras, sino al mundo de los pintores, de los novelistas, de los entretenidos del verso o del ensayismo, y sobre todo, a la inocencia general, que necesitaba palabrejas como «complejo», «subconsciente», «ello», y el resto, para secularizar las antiguas nociones del catecismo o renovarlas, en cuanto a vicios y virtudes, sentido de responsabilidad moral y otras incidencias parecidas. Freud sirve para justificar bellísimos poemas de Eluard o de Alexandre, horrosos cuadros de Dalí o de Magritte, novelistas de diversa calidad. A Freud no le atraía el riesgo de la terapia: no pretendía «curar». Su propósito era, ante todo, «investigar». Investigó sobre unas pocas docenas de pacientes: con tan modesto material montó una gloriosa operación literaria. Fue un Balzac del alma, por decirlo afablemente. Cualquier libro de Freud posee los atractivos de una novela de «La Comedia Humana», y, bien mirado, es una aportación a la «comedia humana», en el rango humilde de la observación o auto-observación literaria: científica. O del desahogo. Freud era un puritano, una reminiscencia rabínica tamizada por el Imperio Austro-Húngaro oficialmente católico: se habría escandalizado al sopesar el «libertinaje» que sus dispositivos intelectuales desencadenaban. Hoy, hasta el currinche más anodino, los párrocos preconciarios, los ejecutivos de todo calibre, los tenderos, las empleadas del hogar, en sus conversaciones habituales, hablan de «complejos» y de «subconscientes». Es todo lo que dio de sí el Psicoanálisis.

Que no es poco, naturalmente.

Joan FUSTER

Una profesión fascinante, libre y bien retribuida.

Últimas técnicas existentes en facial y corporal.

Nuestros métodos de enseñanza, le resultarán fáciles y amenos.

Prácticas continuas.

Preparación profesional y comercial.

La enseñanza está rigurosamente controlada, por circuito cerrado TV.

**CENTRO PROFESIONAL DE ESTETICA Y BELLEZA**

**ZUBELDIA**

Diplomada en la Escuela Internacional de Esteticistas de París. Procedimiento aprobado por el Instituto Oswald Cruz, de Rio de Janeiro (Brasil).

38 AÑOS DE EXPERIENCIA.

Casanova, 160-162, 2.º-1.º

Tel. 230 90 88 (entre Rosellón y Córreaga)

Enseñanza práctica y audiovisual.

Centro Colaborador de Formación Profesional del Ministerio de Trabajo.

**LAVANDERIAS AUTO SERVICIO**

LAVADORAS PROFESIONALES ZANUSSI



UN NEGOCIO. PARA UD. INFORMESE

**LAVA-EXPRESS SA**

TORRE VELEZ, 31 - Tel. 255 88 09 BARCELONA-18

**Perpiñá**

Rda. Universidad, 21 y Rda. San Pablo, 4-6 y 8

TELS. 242 17 35 - 222 18 95

**FRIGORIFICOS**

por sólo **5.555 ptas.**

Dtos. garantizados desde un 25% a un 45%

**300 ptas. al mes**

« marcas - EDESA - CORBERO - KELVINATOR - E.G. - IGNIS - ZANUSSI - ASPES - INDESIT - FAGOR - PHILIPS - SUPER-SER etc.

Más barato NO lo encontrará. Facilidades de pago.